

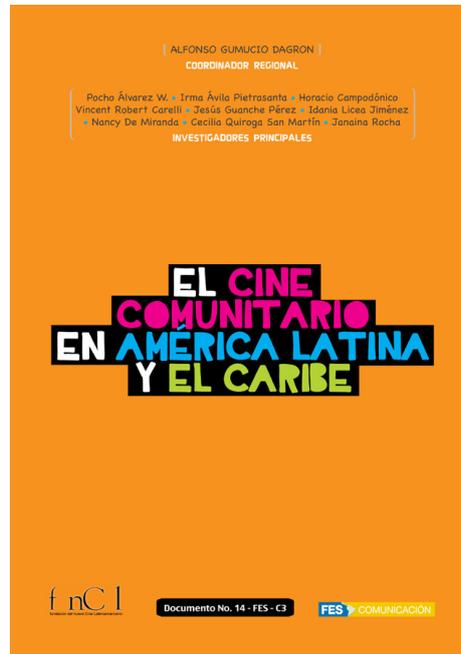
El que mucho abarca...

Reseña del libro *Cine comunitario en América Latina y el Caribe*, de Alfonso Gumucio Dagrón y otros, Ed. Friedrich-Ebert-Stiftung FES (Fundación Friedrich Ebert), Bogotá, 2014.

Carlos Esteban Cáceres

Las lógicas de los sistemas de validación académica, las becas de investigación, la investigación con magro financiamiento (y en caída) y hasta el aumento del precio de la nafta nos ponen ante un campo plagado de análisis en profundidad de casos puntuales, magníficas investigaciones situadas y circunscriptas con corpus prolijamente recortados. Con la premisa de apretar se abarca poco y tanto estudio de árbol nos está dejando sin bosque. Este libro no es el caso.

Abordar una temática, en algún punto escurridiza por su dinámica en el territorio y su escaza visibilidad, como el cine comunitario exige anclarse en precisiones y categorizaciones fuertes y a la vez flexibles en términos operativos, sobre todo si la investigación pone la mirada sobre un territorio tan extenso y diverso como Latinoamérica y aún el trabajo de ocho investigadores que provienen de distintos países, tradiciones y campos específicos.



Cine comunitario en América Latina y el Caribe es más que un mapa, si bien es una especie de cartografía colectiva, lleva impresas las instrucciones para navegarla con la guía de Alfonso Gumucio Dagrón.

En poco más de 50 páginas Gumucio Dagrón define y contextualiza al cine Comunitario, y para ello se vale de las voces de los propios realizadores de las experiencias analizadas, los protagonistas, que cita tras cita van construyendo y refrendando conceptos centrales al tiempo que nos permiten oír sus voces, los modos de decir y decirse.

El autor no se pretende invisible, la trayectoria de Alfonso Gumucio Dagrón, sus trabajos sobre cine dictadura y exilio en la década del 70, Radios Mineras hacia fines de los años 80, o ya más contemporáneos sobre la comunicación participativa y el derecho a la comunicación son las bases teóricas y políticas de una mirada académica comprometida. Comprometida con la necesidad de escuchar la voz del otro.

Así luego de un apartado con las casi obligadas referencias a los pioneros del documental realiza un recorrido, apenas una enumeración, desde las primeras décadas del siglo XX hasta la irrupción de las dictaduras de los años 70. Solo mencionando obras, directores y movimientos, va enlazando la geografía latinoamericana, sus reivindicaciones, los puntos comunes de su historia.

Al lector le toca rescatar esas imágenes que más o menos difusas forman parte del acervo de cineastas y estudiantes. Aparece entonces una enumeración que se va cargando de sentido, donde se encadenan de manera fluida

Corazón Aymara de Sambarino, Favela de mis amores de Humberto de Mauro, Vuelve Sebastiana de Jorge Ruiz, con la obra de Prelorán, Soffici y Demare.

Santiago Álvarez y Gutiérrez Alea se codean con Fernando Birri o Glauber Rocha preparando el terreno para el Cine y Liberación y el grupo Cine de la Base.

Es un pasaje breve que no abunda en detalles pero, como en un ejercicio de montaje, una película detrás de la otra van pintando a grandes trazos (y a la vez meticulosamente) la genealogía del cine latinoamericano. Y es, sin duda, el mismo tipo de viaje que nos propone el libro a través del continente del cine comunitario.

Aquí es donde entran al juego las experiencias comunitarias, cincuenta y cinco reseñas realizadas a lo largo de seis meses, ordenadas por país, con una contextualización de cada uno de los escenarios locales, la coyuntura y los antecedentes, son una muestra de la variedad de producciones y dan cuenta de la heterogeneidad de la producción comunitaria latinoamericana. Una heterogeneidad habitada por incontables continuidades y coincidencias.

Cada uno de los investigadores tuvo a su cargo una serie de casos, así Horacio Campodónico fue el encargado de reseñar las experiencias de Argentina, Paraguay y Uruguay; Cecilia Quiroga de Bolivia, Chile y Perú; Pocho Álvarez trabajó sobre Colombia, Ecuador y Venezuela; Idania Licea y Jesús Guancho se dedicaron a Cuba y la subregión caribeña; Irma Ávila Pietrasanta fue la responsable de México y Centroamérica; y Vincent Carelli de Brasil.

El mismo Alfonso Gumucio Dagrón sostiene: “Si algo destaca como denominador común de las experiencias aquí identificadas es la voluntad de reivindicar el derecho a la comunicación. Más allá de las expresiones culturales que fortalecen las identidades, el cine y el audiovisual representan para las comunidades un ejercicio de posicionamiento político y social, en sociedades que frecuentemente las invisibilizan y marginan. A través de la tecnología audiovisual esas comunidades afirman su derecho a expresarse en el conjunto de la sociedad.” (pag:15)

A modo de advertencia, para el lector salteado, es importante tener presente que este libro da cuenta de una investigación de seis meses realizada en 2010, allí se seleccionaron experiencias más o menos consolidadas que a criterio de los investigadores eran relevantes para describir el panorama del cine comunitario latinoamericano, hoy a seis años de aquel momento, aunque en su mayoría permanecen activas, seguramente algunas de las experiencias, en su derrotero, se hayan alejado del perfil reseñado. Es difícil resistir la tentación de escudriñar el índice en busca de lo conocido o lo cercano para ver como se refleja en el texto. La tentación es válida pero antes de caer en ella es necesario pensar que esta variedad dibuja un panorama y de ninguna manera es un análisis exhaustivo de cada experiencia. Cómo dijera al principio es una invitación a abandonar el árbol para ver el bosque en una América Latina donde cada vez más fuerte vuelven a soplar los vientos del desmonte.

Carlos Esteban Cáceres

Es licenciado en Cine y Televisión de la U.N.C. Docente desde hace 25 años en el nivel medio y universitario. Integra el colectivo de producción documental *Trabajo de Campo*.

Contacto: paracarlos@hotmail.com